

LA BOTELLA MEDIO LLENA

-Algo parecido a un cuento de Navidad basado en experiencias personales-

por Ramón Cerdá Sanjuán

La botella medio llena – un cuento de Navidad

Al igual que hice con mi anterior cuento, este también se lo dedico a mis padres, gracias a los cuales empecé a vivir y seguí un camino adecuado. A mi hermano, que me sustituyó en mi temprana salida del nido. A mis suegros, gracias a los cuales he podido casarme con mi esposa. A mi esposa que tanto me ha ayudado desde que me he casado *-y ha colaborado a que vea algunas de las cosas como las describo en este modesto relato-*. A mi hijo al que tanto quiero y que de un modo u otro seguirá mis pasos, aunque solo sea guardando mi memoria. A mi mejor amigo Chuso que tantos años lleva conmigo, a su esposa Fina a la que también quiero. Y no me olvido de la pequeña Sara.

A todos ellos por lo que han colaborado en que yo sea como soy.

La botella medio llena – un cuento de Navidad

En esta ocasión se lo dedico también a otra pequeña Sara que ha cautivado recientemente mi corazón.

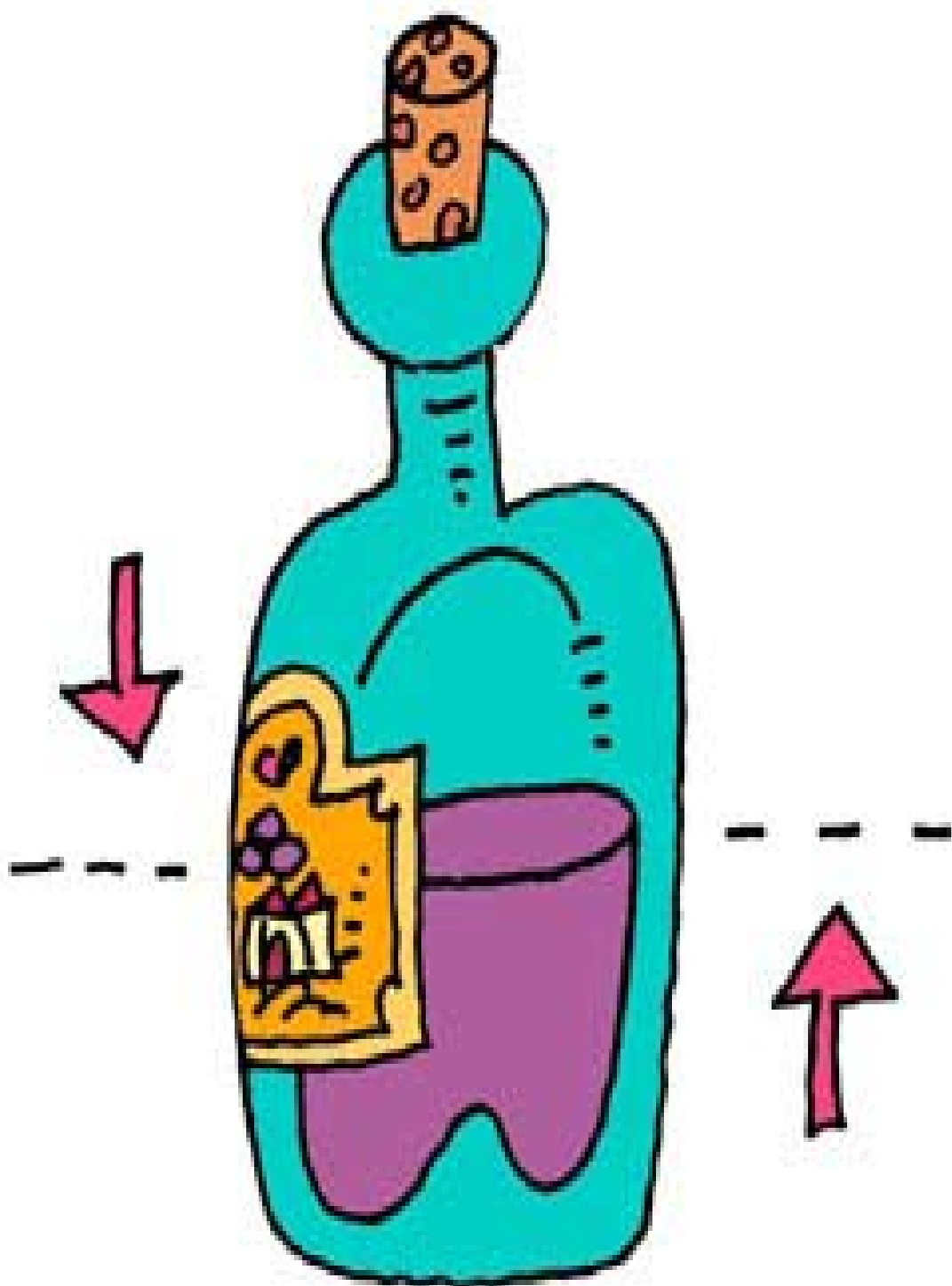
La botella medio llena – un cuento de Navidad

CAPÍTULO I

LA BOTELLA MEDIO LLENA

¿Quién no se ha planteado alguna vez aquello de la botella medio llena o la botella medio vacía? ¿Qué nos hace ver las cosas desde una u otra perspectiva? Algo tan básico como esto puede hacer cambiar nuestra vida. Nuestra vida y la vida de quienes nos rodean; de quienes comparten voluntariamente o no su existencia con nosotros. ¡Qué gran favor nos haríamos a nosotros mismos y a los que están con nosotros si fuéramos capaces siempre de ver esa maldita botella medio llena!, pero qué fácil nos resulta verla medio vacía. ¿Por qué nos empeñamos en remarcar esa parte

La botella medio llena – un cuento de Navidad



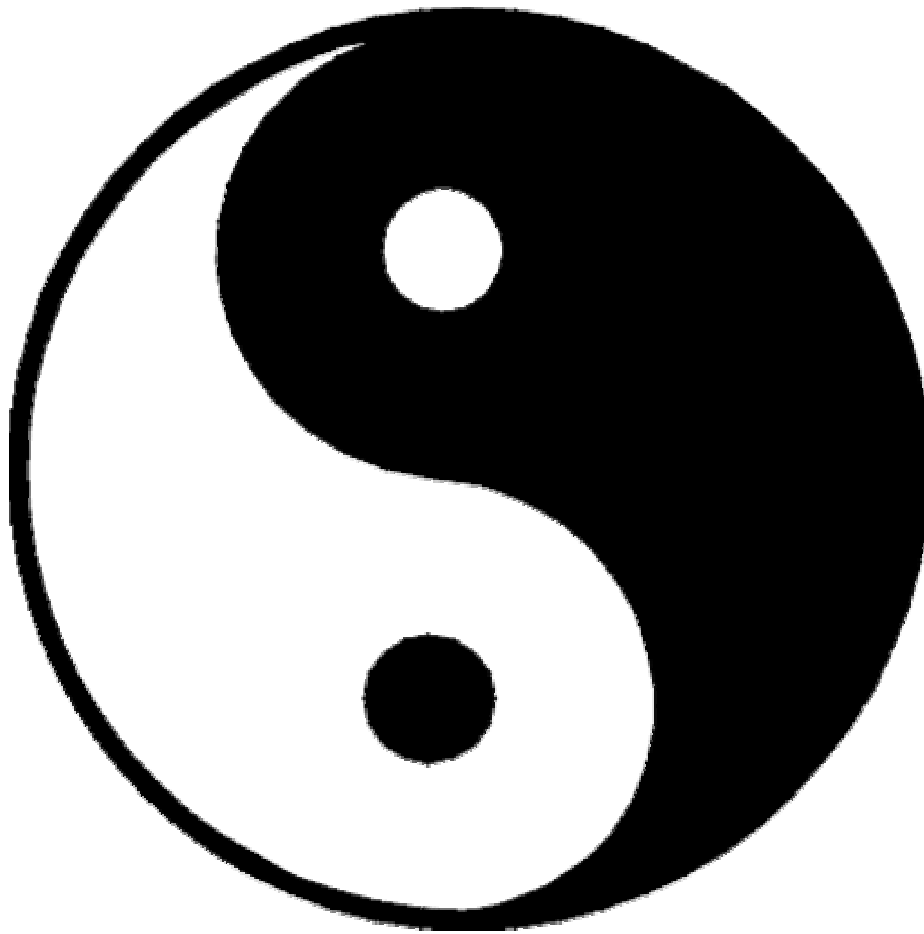
negativa de nuestro ser?, esa parte negativa de nuestra existencia. La vida es muy corta y no debe de ser desperdiciada con lamentaciones inútiles. ¡Qué curioso! ¿El hecho de decir y pensar que la vida es corta no es acaso otra nueva manifestación de ese lado oscuro que se sigue empeñando en ver la botella medio vacía? No pensemos por lo tanto en que nos queda poco tiempo para disfrutar de nosotros mismos y de quienes nos rodean, pero no justifiquemos tampoco de ese modo el tiempo perdido.

La botella medio llena – un cuento de Navidad

CAPÍTULO II

LA BUENA Y LA MALA SUERTE

Los años van pasando y parece que uno va acumulando montones de experiencias; experiencias por lo que ha hecho y por lo que no ha hecho; por aquello que le ha salido bien en la vida y por lo que ha resultado negativo; experiencias propias y experiencias sacadas de los actos ajenos; experiencias al fin y al cabo. ¿Pero realmente aprendemos de estas experiencias? Sería bonito pensar que sí, aunque a veces no lo parece. ¿Hemos tenido buena, o mala suerte en la vida? ¿Valoramos lo que hemos conseguido? ¿Nos alegramos de los males que



hemos evitado? ¿Somos conscientes de todo ello? ¿Quién no ha tenido un accidente alguna vez y ha salido completamente ileso? ¿Qué ha ocurrido entonces?... Sí, seguro que ha pensado que ha tenido muy mala suerte porque ha destrozado el coche o porque ha roto o estropeado cualquier otra cosa. ¿Pero ha sido mala suerte? Qué difícil resulta a veces valorar las cosas. ¿Quién es capaz

de saber quien es más afortunado? ¿Lo es el que a lo largo de su vida ha tenido muchos accidentes –o experiencias negativas-, pero nunca ha tenido que lamentar nada demasiado grave a causa de ello, o aquél que nunca ha tenido ningún accidente ni experiencia negativa? No es fácil contestar a este tipo de preguntas, pero lo cierto es que en ocasiones uno debe de equivocarse por sí mismo para aprender de sus errores, porque no siempre se consigue aprender de los errores de los demás. Si alguna vez nos ocurre algún accidente y no hemos de lamentar ninguna pérdida además de las puramente materiales, tal vez debamos aprender de ello y no achacarlo a la mala suerte. Después de todo, también en este caso la botella puede estar medio llena aunque no nos lo parezca a primera vista.

La botella medio llena – un cuento de Navidad

CAPÍTULO III

LAS INFINITAS COMBINACIONES

La soledad de estos momentos, o tal vez las pequeñas nostalgias de la época navideña, sigue haciendo que mi cabeza le dé vueltas a muchas cosas y me haga preguntas.

Muchas veces no damos gracias por todo lo positivo que nos ocurre porque simplemente no somos capaces de verlo. Lo bueno, lo positivo, lo bonito, lo sencillamente maravilloso, todo eso muchas veces es simplemente imperceptible. Cuando uno se ha levantado perfectamente por la mañana y durante todo el día no le ha dolido nada, al llegar la noche no ha bendecido la ausencia de un dolor de muelas o de una maldita jaqueca,

como tampoco ha echado de menos la acidez estomacal o esos tirones de espalda que tanto nos amargan a veces. ¿Por qué pienso ahora en esas cosas? En estos momentos no me duele nada, pero he tenido que “fijarme” en esa circunstancia para darme verdaderamente cuenta de ello. Seguro que si tuviera un dolor de muelas o arrastrara una congestión, estaría maldiciendo mi mala suerte, o quejándome de que siempre me ocurre esto o lo otro; en cambio, durante todo el día no he pensado ni en un solo momento en que me encontraba perfectamente y en armonía con mi entorno. Esa armonía invisible que de tan placentera pasa desapercibida ante nuestros desagradecidos sentidos. Tal vez tenga razón quien dice que para ser feliz uno debe de haber sufrido antes y haber sabido lo que es ser desgraciado, pero yo no estoy de acuerdo, aunque sí que es posible que uno tenga que haber sido desgraciado para poder darse cuenta de que ahora es feliz, precisamente por la invisibilidad del



placer diario. No es lo mismo ser feliz que darse cuenta de ello.

¿Acaso no ocurre algo así cuando uno ha sufrido un retraso por una u otra causa y tiene un percance? Lo primero que uno piensa es que ha tenido ese percance por culpa del retraso que ha sufrido por la mañana al coger el autobús... *Si el autobús hubiera llegado a hora, no se le habría quemado la comida...*

¿Sería esa persona capaz de pensar que tal vez el hecho de que el autobús llegase tarde le ha podido salvar la vida? ¿Por qué no? Tal vez si el autobús hubiera sido puntual, habría llegado antes a su destino, y al bajar del autobús un conductor

borracho podría haber acabado con su vida. ¿Quién puede demostrar que no ha sido cosa del destino –o del ángel de la guarda de uno mismo si es que podemos creer en su existencia- ese retraso? Pero una vez más estamos hablando de algo que no se ve porque es positivo; en cambio sí que podemos ver la comida quemada porque ha dejado su evidencia en el techo de nuestra cocina. En este tipo de situaciones es cuando hay que poner voluntad y seguir viendo esa botella medio llena. Cada vez estoy más convencido de que sigue estando ahí aunque nos neguemos a verla.

CAPÍTULO IV

LA FUERZA DE LO NEGATIVO

¿Nos hemos preguntado alguna vez por qué ocurren las cosas? Tal vez deberíamos de hacernos esa pregunta más a menudo. Cuántas veces, después de que ha ocurrido algo malo, uno se dice a sí mismo, o incluso a los demás, que ya sabía que eso iba a ocurrir... Esa maldita frase: “Sabía que ocurriría”, y siempre relacionada con algo negativo. ¿Pero alguien se ha planteado alguna vez que podría no haber ocurrido así, simplemente si no hubiera pensado de esa forma tan negativa desde el principio?

Es muy difícil saber por qué ocurren las cosas, pero sin duda no ocurren solas; algo las debe de

empujar... de motivar, y los pensamientos, e incluso los deseos que después de todo se convierten en pensamientos a veces expresados en voz alta, tienen su fuerza... su poder... mueven cosas...





CAPÍTULO V HE APRENDIDO

He aprendido que para ser feliz uno no tiene por qué haber sido antes desgraciado, pero sí que debe de esforzarse en darse cuenta de que lo es. También he aprendido que debemos de ser inmunes a los pequeños males que nos rodean porque no son otra cosa que los efectos secundarios de todo lo malo que hemos evitado. También he aprendido que para que lo bueno ocurra, alguien se ha de preocupar de ello. Alguien debe de pensar en que eso debe de ocurrir. Alguien ha de pensar en positivo. También he aprendido que ese alguien puedo ser yo... o tú mism@.

Feliz Navidad

Ontinyent, diciembre de 2002